

# La misión de su vida

Por ORLANDO FOMBELLIDA CLARO  
Foto CARLOS VANEGA VERDECIA

El cumplimiento de misión internacionalista devino ejercicio final del currículo, aunque no estuviera incluido en el diseño de este, en la formación militar de Daniel Chávez Mora, egresado de la Escuela de Cadetes y de la Academia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

A mediados de 1985, llegó a la República Popular de Angola para contribuir, como especialista en comunicaciones, a frustrar las apetencias de nacionales y extranjeros de apoderarse de ella y fraccionarla.

"Donde primero estuve, cerca de tres meses, fue en una escuela en Funda (municipio de Cacuaco, de la provincia de Luanda), en la que preparaban al personal que iba para la Operación Olivo, de lucha contra bandidos, y entre otras cosas te enseñaban a pasar hambre, ahí pasé el hambre más grande de mi vida", rememora el teniente coronel (r) de las FAR".

Concluido el riguroso entrenamiento para combatir y sobrevivir en condiciones extremas, es enviado a Jamba, municipio de la provincia de Huíla, fronteriza con Namibia.

"La estancia allí, expresa, implicaba que todo el tiempo teníamos que levantarnos de madrugada, a las 4:30, esperando ataques en cualquier momento de la aviación enemiga, que duraban hasta después de la 6:00 de la mañana, los de por la tarde se extendían hasta cerca de las 7:00 de la noche. Esa era la rutina de todos los días.

Un elemento, refiere Daniel, que él y sus compañeros tenían a su favor, era la tierra arenosa del lugar, fácil de excavar, "con una pala se hacía un hueco del tamaño que uno quisiera y no se derrumbaba", y eso permitía que los cuarteles en que dormía la tropa estuvieran soterrados.

Cuenta Chávez Mora que debido a la situación de guerra y la lejanía, "los últimos que recibíamos los mecánicos de comunicaciones éramos nosotros allá en el sur", por lo que afrontaban dificultades en los equipos para la intercomunicación de tanques, carros blindados y personales, por roturas frecuentes y estado deficiente de las baterías que los alimentaban.

Un buen día, recuerda, en el avión que les llevaba la correspondencia, bautizado por ellos como chipoyo, "se me aparece un muchacho, cohetero, y me expresa: 'Yo, en Cuba, reparaba plantas de comunicaciones', va a revisar un equipo que estaba en una loma y le alerta: si te dicen que no comunica con nadie, revisa el fusible central, va, lo hace y con la suerte de que era eso mismo, resuelve el problema y apuntan este sí sabe".



Explica que la comunicación de los tanques de guerra estaba montada en una torreta, pasaba por un contacto deslizante y cuando la cinta se rompía, el conductor la halaba con una soguita.

"La mayor parte de nuestros tanques y carros blindados tenían ese problema, el muchacho dio con él y lo resolvió. En lo adelante tenía que prestárselo a las tropas, incluso a la agrupación de toda la línea desde Menongue hasta Namibia, era el rey de la intercomunicación en el sur".

El entrevistado lamenta no recordar el nombre de aquel combatiente, no olvida que era del centro del país y que "me salió de oro".

Narra Daniel que la tropa a la cual pertenecía tenía su propia flota de camiones de transporte de mercancías y carros de combate, que integraban una caravana, independiente de otras tres existentes en la zona, que viajaba unos 500 kilómetros a Namibia a buscar alimentos.

Expone que en cada carro blindado que las acompañaban montaban un lanza cohete antiaéreo llamado flecha "una maravilla de arma", y ametralladoras antiaéreas cuatro bocas encima de las rastras.

Eran tres días de tensiones y riesgos en el viaje de ida y otros tres días idénticos al regresar, tal como lo muestra la película Caravana. "En los lugares denominados problemáticos, realizábamos exploración por fuego, consistente en lanzar ráfagas para si había enemigos que respondieran".

En esas misiones contaban con el apoyo de combatientes namibios, quienes con una espiga parecida a la de hierba de Guinea,

detectaban minas colocadas a orillas de carreteras y caminos, por integrantes de la Unión Nacional Para la Independencia Total de Angola (Unita). "Nunca tuvimos ningún percance y garantizamos buen abastecimiento. Si en Funda pasé mucha hambre, en la zona de guerra no", subraya Daniel Chávez.

Cumplida la misión, retorna a Cuba y llega al hogar, en Bayamo, poco antes de las 12:00 de la noche, del 31 de diciembre de 1987, para saludar con familiares y amigos la llegada del 1 de enero de 1988, aniversario 29 del triunfo de la Revolución.

Militar de carrera, adulto, Daniel Chávez fue a dar su ayuda solidaria a los angoleños consciente de los riesgos que implicaba.

"Tuve la suerte de que no me correspondiera morir, pero iba en son de que pudiera suceder. Todo revolucionario quiere cumplir en su vida una misión de peso, que se recuerde. Para nosotros Angola fue nuestro Moncada, nuestra Sierra Maestra.

"Fuimos porque quisimos. Si tú no eres capaz de hacer por otros, poco eres capaz de hacer por ti. Si hay misión justa es esa, donde tú das la mano al que lo necesita, al que agreden, al que quieren subyugar, es una misión que vale la pena, y eso fue lo que hizo Cuba".

Desmovilizado de las FAR hace casi dos décadas, con 73 años cumplidos, ahora como especialista de gestión comercial en Tabacuba y asegura: "Mientras sirva para algo, estoy en disposición de cumplir la misión que se me planteó".



## Estampa del último sábado

Por LUIS CARLOS FRÓMETA AGÜERO  
lcfrometa@gmail.com

## Vaquita de fin de año

Jamás preguntes a una vaca si su carne es sabrosa.  
Santiago Pajares

Homero, no el autor de la *Ilíada*, sino un campesino residente en Arimao, pueblito serrano pegado al otro que está al lado, pasaba largas horas meditando sobre el día en que se ampliará la posibilidad de vender la carne vacuna.

-Cuando la liberen, me llenaré hasta que explote el ombligo- decía en voz baja, mientras esparcía maíz seco a las pocas gallinas de su improvisado corral.

Estaba obsesionado con la proteína animal de referencia y como su compra-venta se realizaba en claves secretas para evadir procesos judiciales, prefería no caer en esos desatinos y viajar hasta la cafetería del poblado para tomarse una vaca negra o vaca pinta, sus helados favoritos.

Una mañana, mientras saboreaba el traguito de café, apareció Florencio, el cazador de noticias, como lo apodaban en el barrio, siempre al tanto de cuanto ocurría en el mundo, Cuba incluida:

-Benditos sean los ojos que te ven, hombre -expresó el viejo Homero y preguntó ¿qué se maneja?

-¡Tremenda noticia, la del año! -dijo Florencio y prosiguió -El Gobierno acaba de anunciar la venta y compra oficial de carne de res.

-¿Cómo es eso, compay?

-Es una de las medidas encaminadas a impulsar la producción de alimentos, destinada a los ganaderos que opten por el comercio liberado de leche y sus derivados.

-Y de la prohibida... ¿qué?

-El robo es lo que sigue prohibido.

-Pero... ¿así como así?, indagó Homero algo incrédulo.

-Claro que no -agregó el vecino, aquí todo tiene su cantar, a partir de ahora, para sacrificar las reses lo primero es cumplir con la entrega al Estado, figurar en el Registro de la tierra y en el Control pecuario, garantizar, además, el crecimiento del ganado, sin faltantes.

-¿Sin faltantes?

-Bueno... vaya usted a saber...

-¿Qué cosa?

-Nada, es un decir, hay quienes planifican primero los faltantes, después la producción, y no digas que esa noticia se te fue de control.

-Compadre, no pongas la carreta delante de los bueyes.

-¿De los bueyes o de las vacas?

-Es lo mismo.

-¿Lo mismo? ¿Trata de comerte un bistec de buey a ver qué pasa?, pero bueno, tiempo al tiempo y aunque no soy ganadero me solidarizo con la medida al ciento por ciento, lo digo porque voy a cambiar mi estrategia, al fin y al cabo los cerdos, esos que están considerados como el mamífero nacional, se han perdido de la faz de la tierra y cuando aparecen... aguántate los bolsillos.

Por la tarde hablaré con mi pariente Pancho, el que vive a dos chamaquilis de aquí, para que guarde un añojo, a ver si pa fin de año nos comemos una vaquita frita, para romper la vieja tradición.